

Ricardo A. Latcham

Nota sobre Unamuno



ON la desaparición de Unamuno, realizada en momentos de crispadora tragedia, nos toca desentrañar el contenido de eternidad que tiene su obra, sustentada sobre la muerte y el sueño. Vivió soñando sobre su patria y descansó definitivamente, después de ver perdida la batalla de toda su existencia.

Contra esto y aquello o sea contra tirios y troyanos. No se situaba ni entre las derechas, que lo rechazaban, ni se acostumbraba a las innovaciones fragorosas de la izquierda. Por todo esto, en el último tiempo, su nombre fué piedra de escándalo y tumulto permanente de pasiones removidas.

Para Unamuno la vida sólo tenía interés por aquello que se enderezaba al problema de las postrimerías. O sea de las finalidades del destino humano. Era un teólogo civil, descentrado y egregio en medio de la gran tragedia de su país. Y mucho de teología, a veces inútil, a veces desmañada, en ocasiones magnífica, se desenvuelve por el gran cuerpo de sus ideas cubierto apenas de

vestidura realista. Porque Unamuno negaba el realismo y decía: «Nada hay más ambiguo que eso que se llama realismo en el arte literario. Porque ¿qué realidad es la de ese realismo? (Prólogo a las *Tres novelas ejemplares*). Y asentaba entonces su pensamiento en las cumbres enhiestas de un individualismo idealista que se erguía contra las modas y las innovaciones, que era rebelde en instantes y se hacía conservador, cuando triunfaban las corrientes de reformismo o de revolución.

En una nota breve, resulta difícil condensar el vasto repertorio de la obra unamunesca. Ello necesitaría un volumen, porque la hondura de sus puntos de vista sólo es superada por la anchura de la superficie escrita.

El drama de España es, en parte, el drama de Unamuno. Drama hecho de vitales contradicciones y de resentimientos seculares y dolorosos. Drama hecho de equívocos siniestros y de una brutal acumulación de errores históricos, políticos, sociales y económicos. Unamuno se agitó en todo ese torbellino y acabó por cerrar los ojos al porvenir de España, adentrándose más y más en el sueño, razón suprema de su vida.

Unamuno nació a la vida con la preocupación de la muerte y en ella colocó la piedra angular de sus divagaciones, soliloquios y monólogos que son como tremendos diálogos con una conciencia vigilante. Desde su primera obra recia, *Paz en la guerra*, que pinta su Bilbao de 1874, ya se deja ver su concepción fundamental, que está cimentada en el problema

de las finalidades y que va a modelar magistralmente quince años más tarde en *Del sentimiento trágico de la vida*. Para entender a Unamuno y para seguirlo en sus aventuras ideológicas este primer libro es indispensable. En *Paz en la guerra* se abre un período de la literatura española. Es como la síntesis del estado moral de guerra civil en que nació Unamuno. Sus personajes están pintados con perfección amorosa, el ambiente es descrito con minuciosidad y los procedimientos técnicos de la novela se acercan al realismo más veraz contra todo lo que diga más tarde su autor al referirse a este punto.

Ya Unamuno plantea ahí su preocupación por la inmortalidad, lo que él llama el hambre de inmortalidad. Puedo ser un calavera—dice uno de los personajes—hasta un perdido si quiero, sin dejar de ser católico... Soy de carne y hueso, pero la fe...

Bilbao en 1874 tiene las mismas diferencias y separaciones de la España de hoy, con su diabólica guerra civil. Su ambiente influyó mucho sobre Unamuno, quien, más tarde, volvió a la ciudad de sus entrañas y buscó en ella muchas de las grandes amistades y afectos que le inspiraban sus más selectas páginas. Por ello, *Paz en la guerra* es como un precioso índice del itinerario unamunESCO.

Entre la idea y la sensación, entre la razón y el pensamiento, se cimenta a través de los años, todo el drama intelectual de Unamuno. Vivía en pugna con todos

y consigo mismo. Se contradice y rechaza. Se vuelve a contradecir. Da, a veces, la sensación de un socialista. En otras oportunidades, se torna conservador. En algunos momentos tiene el lenguaje de un anarco-sindicalista que va «contra esto y aquello». Pero por encima de sus peripecias y cuquerías intelectuales, Unamuno rehuye la definición concreta del momento, con solvencia y continuidad en la acción. Cuando le ofrecen un cargo político, lo rechaza. Cuando le quieren poner un marbete, se lo arranca con violencia. Por tanto luchar en favor de lo insobornable, se hace esclavo de sí mismo con una fiera y prometeica servidumbre.

Dice por ahí: «... sin discusión no vivo y sin contradicción, y cuando no hay fuera de mí quien me discuta y contradiga, invento dentro de mí quien lo haga. Mis monólogos son diálogos».

Cuando se hace crisis de conciencia la catástrofe colonial de España, Unamuno acompaña a Costa en su europeísmo y en su antiquijotismo. Más tarde, hace del quijotismo una religión nacional, una tónica vital para el alma española, como lo sostiene en uno de sus más bellos y perdurables ensayos, el titulado, *De mística y humanismo*. De ahí parte uno de los fervores más constantes de Unamuno, cuya preocupación matriz es buscar a Dios, no en el alma individual, como lo hacen ciertos místicos, sino en el alma social de su pueblo.

Unamuno es místico en todo lo fuerte y en todo lo pequeño que tiene su obra. En su grandeza ciclópea,

de bellos perfiles clásicos, como en sus cominerías desagradables de reñidor sin sosiego y de combatidor torpe de las rebeldías y generosidades juveniles. Su misticismo está hecho de sustancia de muerte, de sueños, que son como la mortaja de lo percedero y sensual que siempre persigue implacablemente. Unamuno nunca tiene la nota sensual. No corporifica los conceptos como lo hacen los grandes sensuales. Rehuye las imágenes autónomas y crea otras, de acendrada niebla, de ensueño cósmico. Ya lo expresa en el diálogo entre Víctor y Augusto, personajes de la novela *Niebla*, cuando uno contesta al otro diciendo: «Mis personajes se irán haciendo según obren y hablen, sobre todo según hablen; su carácter se irá formando poco a poco. Y a las veces su carácter será el de no tenerlo.

«¿Y hay psicología? ¿Descripciones? Lo que hay es diálogo, sobre todo diálogo. La cosa es que los personajes hablen».

La palabra tuvo para Unamuno, como para otro gran español, Juan Maragall, un valor sagrado. El paisaje, el amor, el destino humano, la sensibilidad todo se expresa en diálogos. Y tanto sus hombres, como sus entelequias, hablan. Y en esta gran conversación que rebalsa por toda la obra unamunesca oímos su tono, su acento, su hambre de inmortalidad que él expresa en razones puntiagudas o en paradojas acendradísimas.

La palabra tenía en Unamuno un encanto especial. Era un conversador magnífico que, a veces, en Sala-

manca, como en su destierro parisiense en tiempos de Primo de Rivera, se desenvolvía por horas sin atender al auditor, como lo observaron Soriano, González Ruano y el propio autor de estas líneas.

«Unamuno goza con las palabras, nos dice Salvador de Madariaga en sus *Semblanzas literarias contemporáneas*. Las estira más allá de su sentido corriente, las tuerce, las compone, opone y traspone de mil maneras. Y este juego—a veces recompensado por verdaderos hallazgos intelectuales—parece ser el único solaz que se permite el austero escritor, el único aspecto ligero de un estilo cuyo mérito consiste en ser la expresión exacta de un gran espíritu concentrado en una gran idea».

Seguir a Unamuno en las variadas y no siempre consecuentes trayectorias de su pensamiento, es algo que ofusca y que requiere una longitud inusitada para una nota. Pero conviene decir que su inconformismo se hacía más concreto a medida que muchas cosas que él buscó y de las que fué precursor se hacían realidades. Vino la República, que él animó en sus días primeros, y se puso contra los hombres de la República, uno de los cuales, don Manuel Azaña, polarizaba los odios cerriles de don Miguel. Vino el socialismo y contra él revolvió sus cóleras provincianas y su tremendo antimarxismo. Pero no está demás recordar que don Miguel de Unamuno, en sus días moceriles de Bilbao, allá por los últimos meses de 1890 o en los primeros

de 1891, inició su carrera periodística en el semanario «Lucha de clases».

Contra el socialismo ya se pronunció en 1910 en su libro, *Mi religión y otros ensayos breves*, en el artículo titulado *Materialismo popular*. Por la misma razón que tenía para rechazar las doctrinas que chocaran contra su ahincado individualismo vasco. Decía entonces: «El punto flaco de nuestro socialismo, v. gr., es su confusa noción del fin supremo de la vida individual». Siempre las postrimerías del hombre desde su primer libro *Paz en la guerra* hasta sus últimas obras, *San Manuel Bueno, mártir y tres historias más* y *El hermano Juan*. En el epílogo de *La novela de don Sandalio* nos dice: «Todo poeta, todo creador, todo novelador—novelar es crear—al crear personajes se está creando a sí mismo, y si le nacen muertos es que él vive muerto. Todo poeta, digo, todo creador, incluso el Supremo Poeta, el Eterno Poeta, incluso Dios, que al crear la Creación, el Universo, al estarlo creando de continuo, poematizándolo, no hace sino estarse creando a sí mismo en su Poema, en su Divina Novela».

Y en esta lucha por crearse vivía Unamuno haciendo de sus ideas y paradojas algo substancialmente firme y fuerte. De ello está realizada la gran obra respetable de don Miguel de Unamuno. Con materias de muerte creaba la vida y con la vida solía fabricar

criaturas más mortales que muchas de sus malogradas páginas poéticas.

Crear el mundo y luego recrearlo. En este capcioso juego de teólogo laico pasó sus últimos años don Miguel. Buscaba las verdades como puños y luego de alcanzarlas, con el cogollo de su corazón, les daba de golpes y de puntapiés. Buscó una España nueva, que no fuera la feudal y negra del Conde Duque y de Felipe IV, de la monja de Agreda y de la Madre de las Llagas, del Empecinado y del Cura Santa Cruz, de los guerrilleros carlistas que sobresaltaron su juventud y de los jesuitas con que se disputaba. Pero terminó muriendo, silenciosamente, entre el abandono de su Salamanca, transformada en cuartel, al lado de los falangistas, fascistas y carlistas que él, en el fondo, no podía amar.

Unamuno es el caso más sangriento y vital de la España del 98. Es el ejemplo patético de un fracasado de genio que puso sus inmensas facultades intelectuales a la vera de la agonía suprema, de la gran lucha que en sus últimos años produjo frutos de infecunda y ácida simiente.

Amaba la pelea y se hacía consubstancial con ella. Amaba el peligro y pereció en él. El, que nunca dió importancia a la vida, la dejó, preocupado por la realidad enorme de sus paradojas hechas realismo crudo y calcinante. El sentimiento trágico de la vida, que fué su obra maestra, parecía estar modelado para la España crucificada en que se ahogó. De tra-

gedia era el contenido de su obra. De tragedia parecían estar hechos los últimos brotes de su pensamiento, obscurecido, vacilante y marginado por las tachas de la censura militar de Burgos.

Don Miguel de Unamuno fué un enorme gigante que dispersó sus fuerzas en empresas de trastorno. Combatió lo que debió adorar y adoró lo que ayer demolió con sus mazazos de púgil.

Pero cualquiera que sea el punto de vista en que uno se coloque para juzgar a Unamuno hay que penetrar siempre con fervor en el valioso contenido humano de su obra. Y en su poesía apretada y como tallada en roca. Y en sus divagaciones y soliloquios apasionados. Y en sus andanzas líricas por los campos de España y Portugal. Y en sus interpretaciones teológicas del destino humano, de la muerte, que para él era la razón suprema de la vida. Y en la cantera multiforme de su pensamiento que nunca cuajó en acción, porque la acción era como un revulsivo supremo para este gran forjador de sueños más reales para él que todas las visiones objetivas.

Muere Unamuno y deja su espíritu como un campo de pelea del que hacen pendones y enseñas de guerra los que más lo combatieron. Muere, como un heraldo de la España glacial y gótica de Burgos, pero su enorme y disperso espíritu late más cerca de los hombres del porvenir, no obstante sus ataques y odios que eran más amorosos en el fondo de lo imaginado por sus exegetas.

Unamuno se levanta en la gran línea de los reformadores y de los heterodoxos peninsulares con un en-diosado gesto que Salaverría calificó como el de Luzbel y de Narciso en una pieza. Su individualismo era luciferino y no pudo sentir la solidaridad social con las masas del futuro y su narcisismo tenía los fabulosos contornos del que se oye por medio siglo sin atender a los que lo rodean. Y así muere sin mirar al coro, atento al ritmo último de su agonía, de esa lucha contra todos que cada día se tornaba más infecunda, como la postrera expresión del gran fracaso de su vivir.

Llamar un gran fracasado a Unamuno sería irreverente si ello no estuviera corroborado por mil episodios. De este gran fracaso está labrada la única explicación posible de su obra y de su proyección en el porvenir de España. Unamuno llevaba en su mirada y en su juicio la gran enfermedad de la muerte que lo hizo tener incomprendimientos gigantescas y odios inexplicables en otra mentalidad. Y de este culto de la muerte se han construido las afirmaciones y negaciones unamunescas que cerraban todo mirador al futuro del hombre social. El, que buscó a Dios en su pueblo, no entendió ni sintió el destino social de los hombres. Dentro de su tragedia y de su agonía, no hubo un lugar para la solidaridad y por eso en su poderosa individualidad los hombres de ahora, con el debido respeto a su granítica labor, echamos de menos al sembrador de porvenir que hubiera disipado las pesadas y mortecinas sombras del pasado español.